

En memoria de Graciela Rahman

1950, La Plata, Argentina -1992, México, DF.

TIEMPO DE QUIMERAS

El amor por las quimeras
es el más fiel de los amores

Gastón Bachelard

Graciela Rahman nos acompañó aquí, en México, durante 15 años. Publicamos hoy dos de sus textos inéditos como un acto de memoria, una forma de mantenerla entre nosotros a través de su palabra: su legado y nuestra herencia.

Era la suya palabra de mujer, a quien describió describiéndose, la cubrió de metáforas, la pensó en todas sus facetas: madre, amiga, amante, creadora. Pensó a la mujer pensando(se) y pensando(os) a nosotras las mujeres.

Acercamos su letra al lector, una incitación a leerla, a encontrarla y re-encontrarla por siempre, a pesar de su ausencia. Con estos textos invocamos y evocamos su memoria.

Graciela Rahman es hoy, para todos nosotros, irrecuperable. Su rostro se nos desdibuja como el rostro de un sueño. Nos queda el diálogo solitario con su palabra y la congoja de su recuerdo: nuestra memoria acongojada.

María Inés García Canal

Les sugiero una cosa. En vez de sentarnos formalmente a escuchar decires formales vayámonos de viaje. Desamarremos la imaginación y salgamos a andar por los caminos. Eso sí, no olvidemos nuestros cuerpos; el cuerpo es demasiado importante como para dejarlo olvidado. Imaginemos, entonces, que nos vamos despegando del suelo, lentamente, que elevamos el cuerpo por el aire, no el cuerpo de la biología, sino el de los deseos, el centro existencial de las pasiones. No tenemos un destino final ni un rumbo fijo, dejemos que el deseo nos impulse, como el viento del mar a los veleros.

Vendrán en este viaje todos los niños que llevamos dentro. Digo, no nos pongamos demasiado serios y dejemos que venga con nosotros el niño que hemos sido y que palpita, afortunadamente, en cada sueño, en cada memoria, en cada devenir de nuestro cuerpo. Que venga el principito con nosotros, que traiga su inquietud y su cordero, su corazón dorado por las puestas de sol.

Quizá, piensen algunos, que sería un verdadero estorbo llevar al viaje un niño. El niño que guardamos cada uno de nosotros.

Quizá, puedan pensar, que ir con el cuerpo abierto y anhelante pudiera entorpecer nuestro destino.

Porque es cierto, los niños se detienen a cada rato, les llama la atención una piedra que brilla o un caracol perdido, les encanta quitarse los zapatos y jugar con su huella y se empecinan siempre en lo imposible. El Principito insiste en un cordero que no coma su rosa. Y en hallar un amigo en el desierto. Un amigo que comprenda su amor sin necesidad de explicaciones inútiles; un amigo que invente para él y por él un cordero que entienda del amor por las rosas.

Algunos adultos piensan que es demasiado abrumador llevar un niño así. Nos hace perder tiempo. Pero, ¿cuál es el tiempo que nos hace perder? ¿Cuál es nuestra idea del tiempo y de la forma de aprovecharlo? ¿A dónde hay que llegar con tanta prisa? Tenemos tantas cosas que hacer, estamos tan preocupados por llegar a la meta, que nos ponemos a derribar obstáculos que muchas veces no son más que la vida misma. La propia vida a la que acabamos derrotando.

Nos sometemos al tiempo de los relojes, de los relojes pensados por las cabezas rentables, tiempo de la mayor producción, de la mayor ganancia, de la mayor plusvalía. Un tiempo maquinado contra el hombre, contra sus anhelos más profundos, contra su sexualidad, contra toda esperanza de diálogo o encuentro. Tiempo para el enriquecimiento de otros, tiempo de la enajenación.

Buenos días —dijo el Principito.

Buenos días —dijo el mercader.

Era un mercader de pildoras perfeccionadas que aplacan la sed. Se toma una por semana y no se siente más la necesidad de beber.

—¿Por qué vendes eso? —dijo el Principito.

—Es una gran economía de tiempo —dijo el mercader. —Los expertos han hecho cálculos. Se ahorran cincuenta y tres minutos por semana.

—Y ¿qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?

—Se hace lo que se quiere...

Yo, se dijo el Principito, si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, caminaría muy suavemente hacia una fuente...

El Principito habla de su tiempo. De su tiempo de melena de oro, de príncipe de un planeta perdido, de migración de pájaros silvestres. Habla de los deseos primeros, del alivio al desamparo, de las mociones infantiles que encienden y movilizan las infinitas luces de nuestra sexualidad.

Se trata de caminar hacia la fuente, sin abreviar, sin mutilar ninguna sed de tantas que tenemos. Porque es precisamente así, caminando hacia la fuente y sin saber a ciencia cierta de qué fuente se trata, donde construimos los encuentros, las complicidades con el otro, donde revivimos de a dos los sueños verdes de

los verdes años, los secretos antiguos, la poesía. Sin todo esto, dejamos el cuerpo abandonado a la miseria.

La sexualidad humana es un inmenso territorio de magias, donde no hay caminos consagrados de antemano ni sitios privilegiados ni metas únicas; sólo hay el riesgo, el miedo y el placer de la búsqueda. De la búsqueda interminable del uno con el otro. El cuerpo humano, encrucijada histórica donde cada sujeto, cada generación, libra la lucha sin final entre la vida y la muerte.

Uno de los modos de internalizarla muerte es haciéndose cargo de una concepción enajenante del tiempo de la sexualidad. Un tiempo donde es necesario condensar los minutos dispersos, las horas infantiles para intensificar el brillo del gran momento. Momento final al que se llegaría a través del sexo adulto, maduro, genital y reproductivo. El sexo normal, que bajo la primacía de los órganos genitales, se plasmaría en el encuentro del órgano masculino, penetrante y activo en su búsqueda y un órgano femenino que espera, pasivo en su receptividad. Un tiempo femenino más lento, más adherido a la frigididad, y un tiempo masculino más rápido, más finalista, que necesita aprender a demorarse con el fin de incorporar a la mujer en la espiral de la excitación, para ayudarla a llegar junto con él. Como si a la mujer hubiera que ayudarla, que empujarla, que apartarla de las demoras inútiles. Como si ella no deseara. Y si ella no desea, si el deseo está dormido, habría que preguntarse por qué no se despierta. Quizá no vale la pena despertarse

cuando uno no es más que un instrumento, un hueco anónimo, un cuerpo arrebatado en un desencuentro absurdo y doloroso. Doloroso porque cancela, mutila el encanto de las cosas porque sí, de las miradas fugaces, de las medias palabras de la ternura, de los descubrimientos repentinos, de las treguas con música, de las risas pequeñas, de la sexualidad con amor. Así vale la pena despertarse.

Es totalmente falso, moralista e hipócrita aquel criterio que condena esta forma de vivir el cuerpo como infantil o perverso. Quien lo condena así, no lo ha vivido. Una pérdida enorme para todos aquellos que, encandilados por el gran final, se enceguecen al resto del paisaje.

Como diría Isadora Duncan: "*Los hombres virtuosos son sencillamente aquéllos que no han sido suficientemente tentados porque viven en un estado vegetativo, o porque sus deseos se hallan tan concentrados en una sola dirección, que no tienen ocio para mirar a su alrededor*".

Esa es una de las coartadas de la muerte.

Construir un encuentro de amor es, en cambio, un triunfo de la vida, un acto de creación; de creación de un sujeto deseado y deseante, un dique de contención para los embates de la muerte. La sexualidad humana, desplegada en su infinita dimensión imaginaria, es La Primavera de Boticelli pulsada a todo adagio, es volver a nacer, es inventar de a dos una obra de arte, un diálogo sin fin, una quimera. Y, como toda obra de arte,

escenifica el ritual del deseo que busca sin descanso el paraíso perdido. Entretejer naderías, reinventar la ilusión, amar la vida. Una ilusión donde los deseos más profundos se vuelvan realizables, donde los cuerpos bailen la alegría espontánea de los seres que sienten. El ser humano entreteje sus mitos, construye su sexualidad con realidad y leyenda, con sueños y vigilias, con soledad y ausencia, con anhelos de completud, con encuentros y desencuentros, encantos y desencantos. Busca los modos de entender el dolor y trascenderlo. Transita así el paisaje mástristey, a la vez, más bello del mundo.

Al lugar donde, bajo una estrella, el Principito apareció y desapareció en la Tierra. Donde se evaporó suavemente como un árbol, o una llovizna tenue, o algún sueño perdido. Pero dejó memoria de un encuentro de amor. Por eso en las tardes de nostalgia, podemos inventar un viaje, como un modo de caminar hacia la fuente, de caminar con otro hacia la vida.

Noviembre de 1982

POLVO DE ESTRELLAS

—¿Viste cómo el soldadito de plomo se enamoró de la bailarina?

—No, no se enamoró. Le gustaba un poco nada más.

—¡Ay, claro que se enamoró! Estaba loco por ella.

—¿Loco por el la? ¿Y porqué iba a estar loco por ella? Si ella era de papel. ¿Para qué sirven las mujeres de papel?

—Ah, y los hombres de plomo, ¿para qué sirven?

—Para ser soldado.

—¿Soldados de qué?

—De la guerra, tonta.

—Mmm... ¿y por eso al soldadito le faltaba una pierna?

—Sí...bueno...pero tenía un fusil. Ella no tenía fusil.

—¿Y para qué quería fusil si era bailarina?

—Y...para la guerra.

—Las bailarinas no van a la guerra.

—Pero la guerra puede llegar adonde ellas están.

—Ah... entonces pueden pedir ayuda.

—¡Ahí está!, lo que te digo, son de papel.

—¡Y qué!...el soldado también tenía que pedir...porque le faltaba una pierna y además...porque la quería.

—Pero a ella el fuego la quemó de un soplido.

—Los quemó a los dos, al final los quemó a los dos. juntos.

—No, juntos no. A ella primero y a él después. Tú dices que juntos porque siempre te inventas historias de enamorados.

EN MEMORIA DE GRACIELA RAHMAN

—¿Y tú?, ¿tú que te inventas?, ¿historias de soldados? Ves, ya se hizo de noche y no hicimos la tarea...

—¡Ay, qué importa!...Lucía, ¿tú crees que sea mejor ser bailarina que soldado?

—No sé... porque la bailarina a veces tenía la cara triste...cuando él no la quería... porque a veces él no la quería...

—Ah, ya encontraste a quién echarle la culpa. Ella podía tener la cara triste por muchas cosas... y además él no podía quererla todo el tiempo ¿entiendes?, porque él tiene otras cosas en qué pensar... y porque a veces él también puede estar triste. ¿No ves que venía de la guerra?

—Y ella, Pedro, ¿de dónde crees que venía?

Todos los seres humanos venimos de la guerra. Una guerra de origen, entre el cuerpo y la palabra. Una guerra fundadora, que arrebatando los cuerpos a la naturaleza los inscribió en la cultura. Todo humano es, como diría Althusser,¹ un sobreviviente de esa guerra. ¿Qué hizo la palabra con el cuerpo? Lo inauguró al tiempo de los hombres, lo arrancó de la eternidad de los entes naturales y le dio falibilidad y finitud, es decir, le entregó los dones que recibieron las criaturas del Génesis: el amor y la muerte. Cuerpos de plomo y papel que el fuego quema. Algunos dicen que éste fue el origen de la desesperación. Otros dicen que fue el

origen de la historia. Ciertos líricos extraviados agregan que si la historia humana es una canción desesperada es porque anda muy honda la esperanza.

—Siempre que la gente se pone a hablar de sexo empiezan a decir "los hombres tal cosa", "las mujeres tal otra". Ese verso me tiene harta. Todas las mujeres debajo de la misma palabra, como un rebaño. Las ovejas, puede ser... porque, bueno, son ovejas, digo, cosas de la naturaleza, amarradas a lo biológico, con un destino fijo. Pero los humanos no, Pedro, no... Cada cual es diferente, no somos ninguna unidad, eso será Dios, pero nosotros estamos todos rotos, rehechos y vueltos a deshacer.

—Sí, Lucía... pero a la vez, te guste o note guste, también somos uno. Yo, tú, él. El y ella, uno y diferente. Necesitamos ciertas palabras que hagan una generalización para poder hablar. Digo, no somos tan únicos, tan "nadie como yo", que, a lo mejor, es lo que nos gustaría pensar... Ni hablar, somos humanos, crecimos en cierta cultura, eso marca. Y bueno, necesitamos palabras, para nombrar a los hombres y a las mujeres, por ejemplo.

—No, no, yo no quise decir las palabras, quise decir lo que las palabras significan. Te quiero decir quién decide qué es lo que significan las palabras. Es como lo que hablan Alicia y Humpty Dumpty,² ella dice que puede hacer que

¹ L. Althusser; **Freud y Lacan**, Barcelona Anagrama, , 1970.

² L. Carroll I; **Alicia a través del espejo**, Madrid, Alianza 1980.

una palabra signifique lo que se le antoje y el huevo le dice que no, que eso lo define el poder. El poder, Pedro, el poder, no seamos ingenuos. Está detrás de la significación de cada palabra. De lo que hablábamos, la sexualidad... Los "sabereres", la ciencia bien pensante dice que "las mujeres tal cosa" y "los hombres tal otra", que los buenos caminos, que no hay que confundir las puertas de los baños porque tienen cartel y dibujito por si no sabes leer.

—Lucía... ¿qué te enoja tanto?

—El orden, Pedro, cuando usan la palabra para destrozarte el cuerpo. Lo mejor, lo muchísimo mejor sería el silencio y que nadie tuviera nombre. Como eso que cuenta Marguerite Yourcenar:³ "La gente se sorprende que una muchacha no le haya puesto nombre a su gato. ¿Cómo hace usted para llamarlo? —le preguntan. —No lo llamo, viene cuando quiere".

—Lucía, ¿qué vas a hacer con tantas palabras adentro del cuerpo?

—Tengo palabras en los ojos y en los zapatos, en las ondas del pelo, en el miedo de las rodillas, en el hígado, en el sudor de las manos y un aluvión de palabras que me arrasan los pechos y la vagina... Estoy cansada, Pedro, cansada de todos los discursos sobre la mujer y su sexo...

—Entonces baila, Lucía... baila, para que se te muevan las palabras del cuer-

³ M. Yourcenar; **Con los ojos abiertos**, Buenos Aires, Emecé 1982.

po, para que giren, para que duelan, para que estallen. Las palabras no son de ellos, ellos los del poder. No tienen las palabras en un cofre bajo llave, como un tesoro. Esa moneda circula, circula cuando tú bailas, cuando yo te miro... y termina siendo otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Una estrella, por ejemplo.

—Una estrella, ¿por qué?

—Porque nunca se alcanza, pero ilumina.

—Polvo de estrellas, dirás.

—Polvudirás, mas polvo enamorado

Mishima⁴ ha dicho: "En la mayoría de las personas, presumo, el cuerpo precede al lenguaje. En mi caso son las palabras las que vinieron en primer lugar; luego, tardíamente, aparentemente con repugnancia y ya vestida de conceptos, vino la carne. No es necesario decir que la carne ya estaba tristemente estropeada por las palabras".

Lacan,⁵ por su parte, sostiene: "El hecho de que el hombre sea un animal hablante, lo que es totalmente imprevisto, lo que es totalmente inexplicable... está muy vinculado a ciertas cosas que Freud consideró como sexualidad, y en efecto, tiene una relación pero se vincula

⁴ J. Lacan, [et al] **Actas de la Escuela freudiana de París**, Barcelona, Petrel, 1980.

⁵ Loc.cit.

EN MEMORIA DE GRACIELA RAHMAN

a la sexualidad de una manera muy, pero muy particular".

Y continúa diciendo más adelante: "Es cuando el Verbo se encama que todo comienza a andar desastrosamente mal. Ya no es feliz en absoluto, ya no se parece para nada a un perrito que mueve la cola ni a un buen mono que se masturba. Ya no se parece a nada en absoluto. Está devastado por el Verbo".

¿Qué quiso decir Mishima con su carne tristemente estropeada por la palabra, o Lacan con el Verbo que devasta? Mishima y Lacan, dos enamorados de la palabra. Con enamorado no quiero decir feliz, quiero decir expulsado del paraíso, capaz de amor y muerte.

Marguerite Yourcenar nombra a una muchacha que no nombra. Pero la nombra, para poder hacer literatura, para poder contar, para poder vivir teniendo con qué simbolizar la muerte.

Claro que las palabras nos han condenado, nos han mutilado, han hecho caer esa parte ilusoria del cuerpo que nos unía con la naturaleza. Condenados estamos a la condición humana que es, por otra parte, el único espacio donde el cuerpo puede volverse cuerpo enamorado.

México,D.F., noviembre de 1988.